

CONCHA LAGOS (Córdoba, 1913), con una producción de alrededor de cuarenta libros de poesía publicados, es también autora de unas memorias inéditas: *La madeja*, fechadas en 1978, y *Prolongada en el tiempo*, 1988. Son obra de madurez y constituyen un testimonio de valor para conocer la personalidad de la escritora y para ilustrar el anecdotario del mundo cultural madrileño desde los años treinta.<sup>1</sup> *La madeja* y *Prolongada en el tiempo* describen su trayectoria poética y ofrecen claves de interpretación, ilustran el ambiente que envolvió a su muy conocido -por artistas e intelectuales del momento- estudio fotográfico de la Gran Vía de Madrid, y relata los avatares de la revista de literatura *Cuadernos de Ágora* que dirigió ella misma entre 1956 y 1964.<sup>2</sup> Encontramos también descripciones de la tertulia de "Los Viernes de Ágora", donde se vivió un intenso intercambio cultural, frecuentada como estaba por escritores, actores, pintores y otras personalidades del panorama cultural. Las memorias ofrecen la visión de la España de preguerra, de postguerra y de la transición hacia la democracia a través del testimonio de una mujer que se comprometió con su momento histórico y versificó sus inquietudes. Son, en definitiva, historia en prosa de una vida para el verso.

Los fragmentos que presentamos pertenecen a *La madeja*, la numeración corresponde a las secuencias que organizan la obra. El primero es un capítulo intermedio y el segundo es el último, ambos del primer volumen.

Concha Lagos cedió en depósito a la UEB el manuscrito de sus interesantes memorias en febrero del 97. Muchas gracias.

Blanca Bravo Cela

## Concha Lagos

# La madeja

(28)



UNA VIEJECITA al borde de parte alguna". Bajo este título dio la televisión la segunda parte sobre Emily Carz. Sus cuadros alcanzan hoy la más alta cotización. Los últimos años los pasó solitaria, incomprendida. Murió en 1945. Sólo cincuenta personas asistieron al entierro. No creo que nosotros consigamos esa multitud. Bueno, ¿y qué? ¿Por qué hay que doblar la esquina, desaparecer definitivamente, para un total reconocimiento? La cotización que alcanza hoy su obra la hubiera consolado de la vejez, de la soledad y acaso de apuros económicos. Esto de la vejez es tema que preocupa a pocos y sin embargo la sensibilidad no sólo sigue viva, alcanza mayor desarrollo, ya que está cercada por la muerte y los recuerdos; cercos infinitos de soledad, de incompreensión, de desamparo, de noche oscura... Los cercos pueden ser también, lo son, límite y muralla; discriminación.

Aparto a un lado las hojas literarias de los jueves en *Informaciones*. Hojas que tienen sus más y sus menos, como todo lo literario en este país. A veces mucho espacio para nada; otras despachan con tres

líneas lo importante. A la hora de la crítica poética, sobre todo. A la poesía se le sigue dedicando el último espacio, al final de la página, como si se tratara de un canto rodado que nadie se explica cómo ha llegado hasta allí. Y menos mal si no lo titulan: "El rincón de los poetas", "Alforjas", u otras lindezas. Es asombroso que los poetas sigan y sigan en su quehacer pese al escaso apoyo. El fútbol, como siempre, encabeza; aunque ahora la pornografía ha entablado verdadera competencia.

En su *Torre del aire*, Torrente Ballester nos trae el recuerdo de Unamuno (6 de enero del 77). Nos dice que el 31 de diciembre se cumplieron los 40 años de su muerte y habla de la conmemoración en el cementerio de Salamanca, por un grupo de amigos. Asegura que para los de su generación, la de Torrente, el recuerdo de Unamuno es más vivo que para los jóvenes:

"Unamuno era una realidad, si no siempre visible, al menos audible y casi palpable en la vida española, pues aunque estuviese en el destierro, sus cartas corrían copiadas bajo mano y siempre había manera de leer sus libros prohibidos. Más tarde, bastaba con asomarse a ciertos lugares de Salamanca o Madrid para poder verle y escucharle (...). En los medios en que yo me movía, Unamuno interesaba más como pensador que como poeta (sin comprender que, en su caso, una actividad y otra venían íntimamente ligadas hasta ser una misma cosa); incluso no faltaban quienes, convencidos de que para la poesía no quedaba otro camino que la vanguardia, desdeñaban lo que no se les aproximase, en la intención al menos: la de Unamuno incluso se manifestaba en contra (...). Quizá ninguna generación como la mía experimentó con más intensidad y autenticidad lo que había en Unamuno de heresiarca, en las que se llegó a negarle, lo mismo de la parte de los conformistas y bienpensantes, para quienes no pasó de personaje inconveniente que gritaba demasiado, que de la parte de los radicales, que no vieron en sus gritos más que retórica e histrionismo."

Es que Unamuno, Valle Inclán y otros tuvieron que llegar al grito, incluso al grito público del Café, y ni aún así lograban hacerse oír ni despertar la conciencia de España, país siempre de sordos y cegatos.

Yo tuve la suerte de verles y oírles. A Valle, primero a distancia, en el Café de "La Granja", donde tenía su tertulia en aquella época. Mas tarde le conocí y traté. Eran los tiempos en que su mujer, la actriz Josefina Blanco, le hacía aún escenas de celos. Los amores de Valle Inclán fueron más imaginativos que reales. Si se hubieran tomado en cuenta las historias de amor que relataba habría sobrepasado a todos los donjuanes. Miguel Nieto, que le conocía y al que le gustaba oírle estas historias, le ponía con frecuencia en trance de inventarlas. Recuerdo un día que habíamos ido los tres a comer a una taberna de la calle Mayor, taberna muy frecuentada por Anselmo y Zuloaga. De allí nos fuimos al "Café León", el de Alcalá, frente a correos, próximo al Estudio de Anselmo en la plaza de la independencia. En una pausa de la conversación Anselmo me dio con el codo, como advirtiéndome. Luego, fingiendo acordarse de pronto:

-Oye, Valle, ¿qué fue de aquella chica estupenda que estuvo tan interesada por ti?

Valle quedó unos instantes perplejo. Había inventado tantas historias que no sabía concretamente a cuál podría referirse.

Anselmo le ayudó con otra fantasía.

-Sí, aquella que no te dejaba a sol ni a sombra, la que tenía aire de princesa italiana...

Valle creaba al momento, sobre la marcha, la nueva historia a la que no le faltaban adornos ni detalles. Gracias a ellos la inexistente protagonista tomaba para los oyentes auténtica realidad.

A Josefina Blanco, su mujer, la conocí una tarde en casa de Ruiz Contreras. Se había presentado desolada a desahogarse con don Luis. Debía estar muy enamorada y veía rivales por todas partes. Don Luis, además de puntilloso, entrometido y hombre difícil, tenía una buena dosis de mala uva. En vez de consolarla y suavizar la situación, se dedicó a echar leña al fuego y, de paso, a burlarse:

-Desengáñate, Josefina, lo que le ocurre a tu marido es que se ha propuesto encarnar al marqués de Bradomín, cosa arriesgada porque, la verdad, él es hombre enfermizo, debilucho... No sé en qué puede

fundar su potencia y atractivo...

Josefina insistía:

-No lo sé, pero lo tiene...

Don Luis, burlón y diabólico, se dio de pronto una palmada en la frente:

-Tiene que ser la barba, seguro.

Josefina abrió los ojos como si la luz se hiciera de repente:

-¡La barba! Claro, ¡la barba!

Cogió amenazadora el bolso y poniéndose con ligereza en pie se dirigió a la puerta:

-Al primer descuido se la corto y se acabó Valle Inclán.

Al quedarnos solos don Luis apoyó la cabeza en el respaldo del sillón para resistir mejor las carcajadas. Con los ojillos todavía llorosos dijo:

-Es capaz de cortarle la barba en un ataque de celos.

Y sólo al imaginarlo le volvió la risa, en la que sus ojos, pequeños y de mirada poco noble, casi desaparecían bajo las cejas.

En ese "Café de León" donde Valle y Anselmo tenían su tertulia, se presentó un día la comisión encargada del homenaje a los Quintero, para pedirle a Valle Inclán que inaugurara el monumento del Retiro. El monumento era, es, toda una española: patio, fuente, maceras, reja con mocita, galán en su jaca, con chaquetilla y sombrero cordobés. Valle miró guasonamente a los que le proponían esta inauguración. Se acarició despacio la barba y con aquel ceceo característico les respondió:

-Yo, señorez, lez agradezco el honor, pero me

pareze que la perzona pintiparada para inaugurar eze monumento ez Ferderico García Zanchiz...

Sorprendía por la rapidez de pensamiento, por la finura de su gracia, por la brillante imaginación.

En esa época, y seguramente debido a la juvenil María Rosario que yo encarnaba, me parecía importantísimo que me tomaran en serio. Quería, a toda costa, ser la amiga, la admiradora, la discípula; alguien a quien se admite, al margen del sexo y de los encantos femeninos. Detestaba el piropo juzgándolo no sólo secundario, humillante. Días antes de incorporarse Valle Inclán a la Academia de Roma, salimos los tres una mañana. Era la despedida. Estábamos citados en la Puerta del Sol. Antes de ponernos en marcha preguntó don Ramón:

-¿Dónde vamos?

Anselmo, después de pensarlo, dijo:

-Como esta niña es andaluza, a lo mejor le gusta una copita de su tierra...

Entramos en "El Generalife", un colmado cercano, al principio de la calle de la Victoriá... Por la falta de costumbre el vino me hizo rápido efecto, avivándome los colores y el brillo de los ojos. Valle, sentado frente a mí se quedó observándome:

lores y el brillo de los ojos. Valle, sentado frente a mí se quedó observándome:

-Mira, Anselmo, qué hermosura de criatura... ¡Qué ojos...!

Me ofendí tontamente ante el piropo y dije con aire de enfado:

-Don Ramón, desde este instante no creo en su talento...

Valle Inclán sonrió divertido y, asintiendo con un movimiento de cabeza, respondió:

-Ya zomos doz, señora mía, ya zomos doz...



Valle-Inclán, por Anselmo Miguel Nieto

(45)

**S**ERÁ VERDAD QUE el hombre está solo en el universo, que lo suyo es flotar sin meta ni objetivo. Pasar vertiginosamente de la risa al llanto y de éste al sueño; al morir. Morir, lo único seguro, lo que nos iguala. Aunque nuestro gran pecado hubiera sido la rebelión, no justifica el castigo. Siempre presos de la inseguridad. Inseguridad al nacer y a lo largo de la vida. Inseguridad ante la muerte y los continuos cataclismos. Inseguridad constante también de lo íntimo. Inútil tratar de analizarlo, de indagar sobre las diferentes vidas y circunstancias, sobre esa casualidad que llamamos suerte, la que puede dar un giro inesperado a nuestro pasajero destino. Del otro, del enraizado a nosotros desde el nacer, surge el "sentimiento trágico de la vida". Pese a esta inseguridad y desamparo, el hombre tiene, o cree tener, facultades insólitas. La de proyectarse al

infinito y abarcar el misterio. La de presentir o crearse un Dios. Creación suprema. Y ese dios no lo crea de la nada, le nace de la propia entraña, del propio existir, de lo más profundo del pensamiento, desdoblándose en proyección cósmica más allá de la muerte; en dimensión inabarcable. Es su único y gran asidero, el que potencia su fe.

### Notas

<sup>1</sup> La autora ya había publicado *El pantano* (Madrid, Ex Libris, 1954), libro de reflexión autobiográfica a raíz de la guerra civil, que vivió en el destierro.

<sup>2</sup> En esta revista, enfrentada en varias ocasiones a la censura por presentar textos prohibidos, por ejemplo los de Federico García Lorca o Rafael Alberti, tuvieron espacio autores noveles en los sesenta, como por ejemplo Francisco Umbral.